

# La magia de La Siguaraya

Por Yuset Puig Pupo

Con solo una ojeada dentro de las instalaciones una advierte que allí se reproduce cierta fórmula exitosa. Los pimientos en apenas tres meses sobresalen de la palma de la mano y por mucho; el tomate alcanza dimensiones sorprendentes y el pepino, con 30 días, ya se puede llevar a la mesa.

Parece que al interior, con el microclima que recrea el nailon por todos lados, sucede algo de magia. Pero Rolando Fernández Rodríguez, administrador de la casa de cultivos protegidos La Siguaraya, Puerto Padre, asegura que no hay nada de azar en sus ecuaciones, y sí rutinas muy específicas para impulsar las metas productivas.

“Cuando el país asumió el reto de invertir en el turismo, nuestro sabio

Fidel creó en Cuba módulos específicos para la siembra de hortalizas destinadas a los hoteles -me cuenta Rolando-. Imagínese que al principio había que importar estos surtidos.

“El programa ya tiene 12 años y es conocido como Las 42 Hectáreas del Comandante. Con ese incentivo especial hemos sabido responder a la altura de cada demanda. Y para ser sincero, debo decir que nos acercamos bastante a las expectativas de Fidel, pues de esta unidad, además de abastecer a la provincia, enviamos hortalizas hacia los polos de Guardalavaca y Santa Lucía.

“La comercialización es a través de Frutas Selectas. Con esta entidad hemos pactado la entrega de alrededor de 240 toneladas de ensaladas al año. Como en Las Tunas el turismo aún no es muy fuerte, tenemos la posibilidad de llevar una parte de las cosechas a la población, mediante nuestro punto de venta y con contribuciones a la Feria Agropecuaria Provincial”.

Dentro de La Siguaraya el flujo productivo es constante. Los 38 emplazamientos son custodiados cada uno por un trabajador. La tecnología que se usa para el fertirri-



go resulta muy costosa e innovadora y las sustancias hidrosolubles utilizadas son importadas, lo cual impulsa a la unidad a sobrecumplir las planificaciones estimadas para los distintos períodos.

Actualmente, las 2,47 hectáreas están sembradas de tomate, pimiento, ají, lechuga y pepino. Además de las casas de cultivo, cuentan con otra hectárea para variedades de forma semiprotégida. Los rendimientos alcanzan niveles muy altos en todas sus formas de siembra. La constancia de los 66 obreros

de este huerto moderno también constituye una suerte de abono adicional.

Las hortalizas del lugar impresionan a cualquiera que llegue hasta allí, incluso al ojo avezado. En el último Encuentro Nacional de Cultivos Protegidos este centro se llevó los lauros por las mayores producciones y rendimientos de pepino, en un certamen con dignos oponentes de las provincias occidentales. Esa distinción es un aliciente extra para que Rolando y los suyos sigan haciendo su “magia” en La Siguaraya.



Fotos: Reynaldo López Peña

## Con las botas puestas desde el amanecer



Foto: Reynaldo López Peña

por la abundancia de precipitaciones. Aunque Alexey asegura que sus suelos son muy agradecidos, con una llovizna enseguida cambian de color las plantas y todo florece en un abrir y cerrar de ojos.

Él es ya de los mejores labriegos de la cooperativa de créditos y servicios (CCS) 26 de Julio. Sus resultados se deben en parte a que ha sabido insertarse en el movimiento de la Agroecología. Desde los albores aplica abono orgánico a sus cultivos, elabora compost y humus y aprovecha cualquier capacitación convocada por la ANAP en el territorio.

“Cuando acepté la responsabilidad de la tierra supe que ya no había vuelta atrás -me dice Alexey-. El trabajo aquí nunca falta, no hay días feriados ni fines de semana. La satisfacción es que a uno le guste la vida en el campo, de otra forma no sería posible mantener una finca.

“Tengo la proyección de destacar y avanzar en la producción de frutas. Por ahora también me dedico a la siembra de cultivos varios y la ganadería. Cada año entrego alrededor de 270 quintales de viandas a la CCS para contribuir con el municipio.

“Me gustaría que mis hijos heredaran el amor por las labores agrícolas. La tierra cobra mucha energía, pero cuando uno trabaja se ven pronto los resultados. Con solo mirarla no es suficiente, hay que estar ahí, con las botas puestas desde el amanecer...”.

Alexey no bromea cuando se trata del compromiso de producir. Mientras conversábamos descubrí con asombro que él solo se encarga de las labores de su finca y que tiene que buscar el agua para los animales todos los días al río, a dos kilómetros de distancia.

Vela por 28 reses con esmero. Lo veo perderse guardarraya adentro. La suya no es una profesión fácil, pero la sobrelleva con un orgullo que contagia y despierta admiración. ¿Quién dijo que la gente joven no ha sabido reescribir, con igual tenacidad, la historia de sus raíces?

(Y.P.P.)

UN POCO antes de que el reloj marque las 4:30 de la mañana, el campesino ya sabe, por fuerza de repetición, que llegó la hora de calzar las botas e irse fuera del calor de las sábanas. Las faenas del ordeño no pueden esperar. Y luego está el llamado de los surcos. El primer café del día sorprende a Alexey inmerso en el invariable ciclo de la vida en el campo.

Eso de burlar la fuerza de las tradiciones no resultó con el joven de 37 años que ahora usa sombrero, camisa y reina en la finca Los Cholos, en las cercanías de La Victoria, en Manatí. Me cuenta que trabajó por más de una década en el Minint, pero el halón invisible de la tierra lo trajo de vuelta a la historia de su estirpe, gente campesina y conocedora de las mañas del terruño.

Desde el 2014, Alexey Curriño Velázquez se convirtió en productor. Su hacienda cuenta con una caballería y media, donde priman los sembrados de frutas, principalmente mango, guayaba, fruta bomba, limón, nispero, coco y naranja. Además, es fácil distinguir las grandes hileras de plátano y yuca.

Bastan unos pasos para advertir que el área, en secano, no se caracteriza

## Pin, el hombre del millón de pesos

Silverio Téllez atesora muchas anécdotas en sus 47 años. Campesino al fin, de esos de pie y alma en el surco, ha sobrevivido a muchos avatares de la vida en el campo, pero los embates del huracán Irma, en el 2017, le pusieron a prueba la cordura y el amor por el verde intenso de sus cultivos.

Cuenta Pin, como lo conocen, que llegó con las primeras luces de aquel día fatídico a su finca de Guabineyón, en las cercanías de Vázquez. Le bastó apenas una ojeada para descubrir que lo había perdido literalmente todo. Estuvo unas horas apilando racimos de platanitos manzanos, aún sin el tiempo necesario para consumir, y cuando su conteo pasó de tres mil decidió regresar a casa.

Se fue devastado. Las suyas no eran 27 hectáreas ordinarias, sino el patrimonio de uno de los mayores productores de plátano fruta en la provincia, con rendimientos sorprendentes y compromisos pactados por encima de los dos mil quintales anuales.

Las plantaciones por el suelo le nublaron la mirada. Bromea con el hecho de que alguno de los suyos lo siguió con cautela por miedo a que fuera a atentar contra su vida. Pero nada de eso. Su convencimiento llegó rápido y le dijo a su cuñado: “Ahora sí nos toca guapear y duro...”.

Unos días después supo con certeza que Irma le había dejado pérdidas por más de un millón de pesos. Lamentablemente, él no había asegurado sus cosechas. Resulta difícil sobreponerse tras un golpe de suerte similar, pero Pin es el ejemplo de que el trabajo constituye la única forma posible de la recuperación.

Sus terrenos otra vez se pintan del verde peculiar del plátano. Los suelos allí tienen muchísimo sustrato y son ideales para el manzano. En su Volga de estera, el campesino surca, cultiva, chapea y recorre cada pedacito de la finca.

Pin es ingeniero agrónomo. Hace alrededor de siete años decidió cambiar las oficinas por el surco y fue beneficiado por el Decreto-Ley 259 y luego por el 300. Le tocó hacerle frente al marabú y al romerillo hasta dotar al lugar de las grandes hileras de cultivos varios que posee hoy.

Cuando le pregunto si ha sido difícil recomenzar después de Irma, asiente con rapidez y me dice que aprendió la lección, pues en la actualidad tiene sus cosechas aseguradas.

Pero el huracán no ha sido su único obstáculo. Toda su área está en secano y aunque dispone de un sistema de riego para 10



Foto: Reynaldo López Peña

hectáreas, no posee electrificación para acometer el riego. Cuenta con cinco pozos con abundante agua, mas le es imposible utilizarla a plenitud, pues la asignación de petróleo que recibe no satisface sus necesidades en una zona de extrema sequía.

“En estos momentos tengo sembrado frijol, fruta bomba, ajo, boniato, yuca y maíz -puntualiza-, pero me distingue la producción de plátano, sobre todo, manzano.

“El año pasado entregué más de dos mil 946 quintales de cultivos varios a la empresa. He dado 16 viajes a la Feria Agropecuaria en Las Tunas. Mucha gente ya me conoce y espera por mis racimos. Incluso, les hago llegar semillas a los que quieren tener una planta en su patio”.

El ingeniero aplica sus conocimientos a favor de los rendimientos. Rota los cultivos para evitar plagas e, incluso, me comenta que pone las semillas a hervir durante un minuto para desterrar el gusano picudo y acelerar la germinación.

Asegura que su hermana es el sostén de la hacienda. El negocio es familiar y cada cual tiene sus obligaciones desde que rompe el día. Allí se trabaja de verdad, las plantaciones son el medio de vida y no hay pretextos para salirse del terruño. La meta es producir, incluso, contra la saña de los ciclones.

“Viajo todos los días de Vázquez hasta la finca en mi coche -comenta el productor al pie del surco-. Llego con el alba y me voy a eso de las 8:00 pm. Mi mujer me pelea a veces, pero cuando estoy lejos de los sembrados no me siento tranquilo.

“Intento que mis hijos aprendan el amor por la vida en el campo, ese es el mejor legado que puedo darles. Yo pienso aventurarme en nuevos proyectos como una cochiguera y cualquier emprendimiento que pueda ampliar mis alcances. Pienso retirarme aquí, entre hileras de plátano, pero para eso falta bastante...”.

(Y.P.P.)